

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA / POESÍA

Madre que nutre y madre que devora

Un clima de mal sueño impera en los relatos y los poemas de estos dos libros, en los que Mónica Ojeda expresa una dañada vivencia de mujer a través de la exploración lingüística

POR MARTA SANZ

En la mesa de novedades de las librerías nos encontramos con un poemario y un libro de cuentos de la joven escritora ecuatoriana Mónica Ojeda. Es una buena noticia. Ojeda no es una autora tolerada por todos los públicos y me parece que esa cualidad es la que hace de su escritura una propuesta interesante. *Historia de la leche* y *Las voladoras* son dos textos umbilicalmente conectados por una poética, coagulada en una frase, que se repite en ambos: "¿Te gusta el sabor de la sangre?", pregunta Luciana en el relato "Terremoto", y su hermana, "Ñaña, ñañita", responde: "Me gusta. Sabe a sangre". El mismo *leitmotiv* vampírico, que expresa una idea nutricia de la palabra, inspira los versos de *Historia de la leche*, una reinterpretación del asesinado cometido por Cain, reconvertido en amante y femenina voz poemática, que mata a su hermana Mabel. Las hermanas —"Ñaña, ñañita"— se mutilan y se exploran, las madres se quejan, animalizan a sus familias, los padres sin dentadura piden perdón. El imaginario de la escritora, blindado en la lógica coherente de lo alucinatorio, se escribe entre los vértices —violencia, cuerpo, mujer— de un triángulo equilátero. Sobre, contra, en esa área, casi como bellas y aberrantes figuras de un vallado jardín de las delicias, pululan mujeres que son cabezas, cuerpos femeninos horrendos en la imposura de la pose erótica —tremendo el monólogo de Ana en "Soroché"—, lenguas mudas cercenadas por un filo cortante, torsos desmembrados...

Un clima de mal sueño impera en relatos y poemas que expresan una dañada vivencia de mujer a través de la exploración lingüística. Se retienen sensaciones y códigos como reflejo de la violencia, la contractura histórica, económica y cultural, padecida por los cuerpos femeninos desde tiempos inmemoriales. Ojeda transmite esta experiencia, íntima y pública, desde la intuición de que la cabeza es cuerpo, la inteligencia es cuerpo, la poesía es cuerpo, incompleto, roto y oscuro cuerpo femenino. Existe un rencor de género, paralelo a un rencor de clase, que a veces se proyecta sobre congéneres contra las que ejercemos nuestra más exquisita crueldad:



La escritora Mónica Ojeda, en Madrid el 6 de octubre pasado. INMA FLORES

dad: la sororidad necesaria, que no se nos cae de la boca, se quita su paño de pureza para mostrarnos el estigma de su dificultad. Como si las mujeres no pudiéramos escamotear nuestro destino de fatales —víctimas y verdugos simultáneos— ni una doble condición alimenticia y canibal ("Madremendrujo/Madredrácula"): la mordedura —mandíbula, caninos, colmillo, deshuesar, dientes, hambre y rabia de perra— domina el lenguaje que grita cariñosamente una insatisfacción endémica radicalizada en cólera. Como si al cuidarnos nos destruzásemos. La madre que nutre y la madre que devora ("Madonna machete/ Madonna sierra") son figuras recurrentes en estos poemas narrativos y en estas narraciones poéticas que, en su reminiscencia inevitablemente misógina y a la vez revolucionaria, nos llevan a formularnos una pregunta política: ¿importa quién empuña el lápiz por detrás del texto?, ¿quién tiene derecho a decir qué?, ¿siempre son legítimas las imposturas y esquizofrenias literarias?

No es fácil darle la vuelta al lenguaje como un calcetín, pero Ojeda distorsiona las sexualidades judeocristianas, escribiendo en *Historia de la leche* un fragmento de Biblia paralela que, sin embargo, no puede renunciar, ni siquiera en su proyecto cosmogónico, a la propia Biblia. Por eso, Mónica Ojeda es una escritora no tolerada para todos los públicos, en la que las pulsiones físicas no se segregan de una materia intelectual que también es física como física es la cultura y las palabras de la poesía: "el cráneo del poema", "oráculo vaginal", "calavera poema", "La escritora: / inquietud blanca" remiten al hue-

co y al hueso, a Blanchot, Bachelard y a los lienzos blancos rajados de Lucio Fontana. Poema cero y hamletiano ser o no ser. Se percibe, en un paisaje desolado y sembrado de huesos raídos, una urgencia de refundación a través de las palabras que intervienen en la realidad. Cuerpo, muerte, sexualidad y lenguaje nos impresionan en su aproximación al concepto de la víctima femenina como obra de arte.

Estos textos constatan el malestar desde el que escribimos. A lo De Quincey, la escritora convierte el asesinato en una de las bellas artes porque acaso la destrucción sea creación en un universo agónico, salvaje, de peces chicos: el verbo de mujer está condenado a ser mefistofélico. Los distintos registros y géneros del poemario remiten a la riqueza del híbrido, pero también a la incomodidad de habitar completamente ciertos espacios canónicos de la literatura. "Slasher" y "Caninos" son excelentes cuentos de *Las voladoras* que invitan a taparse los ojos con la mano. Y dan calambre. Hay que atreverse a leer a esta sabia escritora de ambición telúrica.

Historia de la leche

Mónica Ojeda
Prólogo de Daniela Alcivar Bellollo
Candaya, 2020
128 páginas. 13 euros

Las voladoras

Mónica Ojeda
Páginas de Espuma, 2020
128 páginas. 15 euros

NARRATIVA

Nueva carta al padre

POR CARLOS PARDO

Hay fórmulas literarias que ciclicamente parecen condenadas. Una inflación de textos de parecido cuño parece volverlas banales. Sucede, en muchos sentidos, con la llamada literatura de los hijos: escritos autobiográficos que narran los momentos finales de alguno de los progenitores (o de ambos) a la vez que realizan un ajuste de cuentas con los no siempre idílicos años de formación.

¿Pero qué sucede si el nuevo texto, continuador de esta literatura filial, pertenece a una voz rara y original y, antes que clausurar una posibilidad literaria, demuestra que venimos tocando desde hace siglos unos mismos temas, siempre con la frescura de quien habla por primera vez? Así sucede con *El hijo judío*, del argentino Daniel Guebel (1956), escritor que uno sólo puede definir con un epíteto algo rimbombante: proteico. Novelas como *El absoluto* (2018), quizá su obra maestra, revelan su grandísima imaginación fabuladora y mutante, el gozo de una escritura que se hace grande engullendo estilos: con una mezcla de amor, fascinación y leve burla a los registros que parodia.

¿Qué pasa si un escritor tendente a los juegos de espejos se enfrenta a su propia vida, al trauma de una infancia que parece no admitir el acolchado de la literatura? El resultado es un libro único e intenso. Guebel narra los castigos físicos sufridos a manos de su padre, que siempre comienza con una amenaza materna: "Si sigues portándote mal, se lo voy a decir a tu padre". Este triángulo de violencia sutilmente diferida se completa con la hermana del narrador, "la Chuchi", pacificadora. Y Guebel aplica toda su inteligencia y capacidad de sospecha al análisis del funcionamiento de una familia, un ente que "no existe, salvo en el esfuerzo ilusorio por construirla y mantenerla unida"; aunque, a la vez, "lo único que existe es la familia". Además, pone en duda su propio punto de vista. Y es este juego de paradojas, ambigüedades y desdoblamientos el que mejor enlaza con el "judío" del título: en una inteligente releitura de las tradiciones hebreas, Guebel reivindica el gusto paradójico del "pílpul", una extrema dialéctica negativa en la que, por ejemplo, la presencia del Dios se argumentaría por su abandono.

Sólo que aquí, "la Ley ya no es Dios sino el Padre". Y el hijo es siempre el chivo expiatorio.

Guebel escribe su libro practicando un equilibrio que sabe imposible entre el rencor y la piedad. Con un emocionante, por vulnerable, "deseo de reconciliación". Las escenas del padre maltratador conviven con sus años finales,

cuidado por un hijo que registra el deterioro. Guebel también acentúa los recovecos de la personalidad del padre: militante comunista, buen compañero, etcétera. Y si desde el comienzo *El hijo judío* dialoga con la *Carta al padre*, de Kafka, probablemente su obra más antipática, las notables diferencias de perspectiva y la capacidad de distanciamiento de Guebel juegan a su favor.

Guebel no escribe una venganza, sino una indagación en lo más vulnerable de nuestra identidad. Y también una defensa de la vocación: del nacimiento de la escritura, incluso de la literatura de ficción más fantástica, como la del propio Guebel (tantas veces exagerada) como cierre del "hiato" de la experiencia, de la herida más traumática.

El hijo judío

Daniel Guebel
De Conatus, 2020
156 páginas. 16,90 euros